
VALORES Y ORDEN SOCIAL

CIENCIA SOCIAL Y VALORES EN MAX WEBER¹

Jorge Rovira Mas

"[...] dentro de las aulas no existe ninguna virtud fuera de la simple probidad intelectual".

Max Weber

RESUMEN

El autor se propone, a partir directamente de la obra del clásico de la sociología Max Weber (1864-1920), dilucidar con la mayor claridad posible cuáles fueron sus posiciones en punto a la relación *entre la ciencia social y los valores*. Con tal propósito organiza su argumentación en siete proposiciones con comentarios en torno a ellas.

PALABRAS CLAVE: * OBJETIVIDAD * NEUTRALIDAD VALORATIVA * JUICIOS DE VALOR *

KEY WORDS: * OBJECTIVITY * VALUE NEUTRALITY * VALUE JUDGEMENTS *

INTRODUCCIÓN

Desde los días en que Émile Durkheim (1858-1917) publicara en 1895 *Las reglas del método sociológico* pocos asuntos han suscitado mayor discusión en el ya más que centenario debate metodológico y epistemológico en las ciencias sociales que el tema de la relación entre ciencia social y valores.

La obra de Max Weber (1864-1920) es emblemática de este debate, de su complejidad

y de las reacciones que el asunto despierta entre todos aquellos que practican la ciencia social. La cuestión tiene diversas aristas no siempre bien clarificadas, incluso a menudo confusamente abordadas. Además, el tema posee una particularidad que debería ser objeto de una atención más cuidadosa y hasta ahora ausente: ¿por qué suscita reacciones tan apasionadas entre quienes se aproximan a él, qué nos dice este comportamiento acerca de nuestra propia práctica científica y académica, qué

1 Agradezco al grupo de colegas del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica que tuvieron la amabilidad de compartir conmigo sus comentarios y observaciones sobre este texto en la sesión del viernes 7 de noviembre del 2003 dedicada a este tema en Max Weber. Esta se-

sión se llevó a cabo en el marco de esa institución emergente de nuestra unidad académica que son las reuniones de los primeros viernes de cada mes, las que dedicamos al intercambio y la discusión fructífera sobre cuestiones claves de las ciencias sociales.

sobre algunos de los valores no explicitados que la orientan y cuánto todavía sobre las expectativas que alientan en el fondo nuestro quehacer?

En la medida en que esta materia es una típica frente a la cual “quien se precie de pertenecer al gremio, tiene que adoptar una posición “razonable” y “razonada”” —como para otros asuntos igualmente significativos gustaba señalar Eugenio Fonseca Tortós (Rovira Mas, Vega Carballo y Bolaños Baldioceda, 2000, 565)—, deseo comunicar por medio de este breve ensayo la forma como percibo su complejidad en la producción científica de Weber. Espero que pueda resultar útil tanto para mis colegas como para los estudiantes de nuestras disciplinas y que lo sea como prolegómeno al posicionamiento personal del que hablaba Eugenio Fonseca.

Con el ánimo de la precisión y de la claridad (ojalá que también consiga fidedignidad), voy a presentar mi argumentación en siete proposiciones, a varias de las cuales les he agregado comentarios explicativos. Con estos propósitos en mente he decidido prescindir del señalamiento de muchos detalles del ambiente académico, intelectual e institucional de la Alemania en la que vivió Weber y en cuyo contexto surgieron sus preocupaciones y sus posiciones. El artículo se centra en lo escrito por Weber y prescinde de lo que se ha elaborado en torno suyo sobre este tema, porque lo que busca es la clarificación directa de su posición. En este texto, igualmente, he evitado acudir en exceso a citas del autor, aunque no he soslayado transcribir las que he considerado más pertinentes e indispensables, ni he dejado de indicar, por supuesto, en qué partes de su obra se encuentran los fundamentos de sus tesis. Este trabajo constituye un producto que he elaborado en el marco del Instituto de Investigaciones Sociales a partir de la revisión de mis notas de cursos que tantas veces he expuesto a mis estudiantes de varias promociones del Programa Centroamericano de Maestría en Sociología de la Universidad de Costa Rica.

PRIMERA PROPOSICIÓN

El tema de la relación entre ciencia social y valores posee, en la obra de Max Weber,

tres dimensiones fundamentales, que son las siguientes:

- Ⓒ *El estudio empírico e histórico, teóricamente sustentado, de los valores como orientadores de la conducta social* y el análisis de las implicaciones que de ello se derivan para la génesis y el funcionamiento de las instituciones sociales.
- Ⓒ La cuestión, vinculada al proceso personal (subjetivo) de selección de los objetos de investigación que realiza todo científico, proceso que Max Weber llamaba la *relación con los valores*, siguiendo en esto a Heinrich Rickert (1863-1936), miembro de la corriente de renovación kantiana de la escuela filosófica de Baden, pero al que Weber, en este punto, lograría trascender.
- Ⓒ El reconocimiento de que existen *dos esferas heterogéneas*, que son esenciales de distinguir para evitar su mezcla confusa y las consecuencias perjudiciales que de ello se derivarían para el trabajo científico y el académico. La primera es *la esfera de los hechos sociales, de los procesos empíricos e históricos y de su análisis científico*, que nos conduce a realizar afirmaciones de naturaleza descriptiva o explicativa sobre la realidad social, lo que conlleva el intento de verificar o de probar la falsedad de tales afirmaciones. Y la segunda, *la esfera de las valoraciones o de los juicios de valor*, por cuyo medio se expresan deseos, preferencias, gustos, ideales a los que se aspiran, o bien lo que se considera el *deber ser* frente a la realidad que *es* o se comporta de una cierta manera. En este último tipo de juicio dentro de esta segunda esfera o ámbito nos encontramos con el campo de lo *normativo*.

Así como la segunda dimensión de estas tres es menos conocida, la tercera es la que ha despertado las mayores controversias.

SEGUNDA PROPOSICIÓN

La *primera dimensión* es la del *estudio científico de los valores como orientadores de*

la acción social y de las implicaciones que de ello se derivan para la génesis y el funcionamiento de las instituciones sociales. En otras palabras, la investigación sobre los valores entendidos como un objeto de análisis de las ciencias sociales, como materia empírica fundamental de estas disciplinas.

COMENTARIO

Como se sabe, la obra de Max Weber estuvo inspirada en gran medida por un problema central: el de tratar de responder a la pregunta de por qué y cómo sólo en Europa occidental fueron surgiendo ese conjunto de instituciones que se constituyeron en la *constelación* de factores coausantes de la emergencia de la civilización capitalista moderna, con su peculiar manera de racionalizar la vida en las sociedades, lo cual, además, parece tener, según sus propias palabras, “una dirección evolutiva de universal alcance y validez” (Weber, 1969b, 5).

Pues bien, buena parte de la obra de Weber es un ejemplo de investigación científica de los valores, pues estuvo dedicada al estudio sobre cómo los valores religiosos prevaecientes en distintas culturas influyen o modelan la conducta económica de los creyentes de las distintas religiones presentes en ellas y si este *ethos* económico así condicionado mostraba, en cada caso, adecuación o no con la aparición del capitalismo moderno. (Los conceptos de *posibilidad objetiva* y de *causación adecuada*, así como el de *afinidad electiva*, son nociones técnicas del vocabulario metodológico weberiano a las que no hay espacio aquí para referirse²).

La ética protestante y el espíritu del capitalismo (1904) lo que trató de demostrar fue

que los creyentes en las tradiciones religiosas protestantes, especialmente en el caso de los calvinistas del siglo XVII, habían desarrollado una mentalidad y un comportamiento económico racional específico el cual, religiosamente condicionado, configuró un tipo de impulso espiritual o psicológico que, por sus consecuencias económicas, favoreció altamente el desarrollo del capitalismo. Valga decir, que entre la *constelación* de factores que coincidieron o se reforzaron recíprocamente para que el capitalismo echara raíces en suelo de Europa occidental (y no en China o en la India, por ejemplo) estuvieron las creencias religiosas protestantes en un momento determinado de la historia, las que contribuyeron a producir un tipo particular de conducta económica racional adecuada al despunte originario, históricamente inicial, del capitalismo moderno. Esta quedó cristalizada sobresalientemente en la institución social de la *profesión (beruf)*³.

2 Para un examen detallado de la lógica de la investigación científica en las *ciencias de la cultura* —las ciencias sociales— de acuerdo con Max Weber, debe consultarse su artículo “Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura”, compilado junto con otros trabajos clásicos suyos en el libro *Ensayos sobre metodología sociológica* (Buenos Aires: Amorrortu editores, 1973), páginas 102-174, aunque muy especialmente a partir de la página 150.

3 Dice Weber: “Tratábamos de demostrar que el espíritu del ascetismo cristiano fue quien engendró uno de los elementos constitutivos del moderno espíritu capitalista, y no sólo de este, sino de la misma civilización moderna: la racionalización de la conducta sobre la base de la idea profesional”, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Barcelona: Ediciones Península, 1969), página 257. Y un poco más adelante allí mismo: “El puritano quiso ser un hombre profesional: nosotros tenemos que serlo también; pues desde el momento en que el ascetismo abandonó las celdas monásticas para instalarse en la vida profesional y dominar la moralidad mundana, contribuyó en lo que pudo construir el grandioso cosmos del orden económico moderno que, vinculado a las condiciones técnicas y económicas de la producción mecánico-maquinista, determinan hoy con fuerza irresistible el estilo vital de cuantos individuos nacen en él (no sólo de los que en él participan activamente), y de seguro lo seguirá determinando por mucho tiempo más [...] El ascetismo se propuso transformar el mundo y quiso realizarse en el mundo; no es extraño, pues, que las riquezas de este mundo alcanzasen un poder creciente y, en último término, irresistible sobre los hombres, como nunca se había conocido en la historia. El estuche ha quedado vacío de espíritu, quién sabe si definitivamente. En todo caso, el capitalismo victorioso no necesita ya de este apoyo religioso, puesto que descansa en fundamentos mecánicos [...] y la idea del “deber profesional” ronda por nuestra vida como un fantasma de ideas religiosas ya pasadas”, páginas 258-259.

Weber, además, mediante sus estudios comparativos de sociología de la religión (del budismo, del taoísmo, del hinduismo, del confucianismo, del jainismo y de las creencias religiosas prevaletantes en la antigua Palestina —antes de fallecer estaba por emprender un estudio más detenido del Islam—), observó cómo las implicaciones de estas otras creencias religiosas en el ámbito de la conducta económica de los creyentes en ellas en esas otras culturas, no habían contribuido favorablemente, en cambio, a que el capitalismo moderno emergiera y afincara en esas otras sociedades y, más bien, habían desincentivado el tipo de *ethos* que el capitalismo pudo requerir en sus inicios⁴.

Pero aquí, en esta dimensión de nuestro problema (hayan sido exactos y aún verdaderos los resultados de la investigación científica de Weber sobre el tema, o tengamos hoy que matizarlos o incluso darlos por falsos si es que hubieran nuevas investigaciones concluyentes que nos obligaran a hacerlo), lo cierto es que estamos ante *el tema de la sociología de los valores y de sus implicaciones para la conformación y funcionamiento de las instituciones sociales*, uno de los temas constitutivos de la sociología como ciencia social en un sentido estricto. Pero no se está ante la dimensión de las valoraciones o de los juicios de valor.

TERCERA PROPOSICIÓN

La *segunda dimensión*, vinculada al proceso personal (subjetivo) de *selección de los objetos de investigación* que realiza todo científico, remite al procedimiento que Weber llamaba *la relación con los valores*.

4 Para un análisis detenido de este punto, además de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, al menos debe consultarse de Weber su importantísimo “Capítulo V. Sociología de la comunidad religiosa (Sociología de la religión)”, que se encuentra en la segunda parte de *Economía y sociedad*, tomo I (México: Fondo de Cultura Económica, 1969), páginas 328-492. Puede también resultar útil mi trabajo “Racionalidad y religión en la obra de Max Weber”, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, San José (Costa Rica), Vol. 19, nros. 49-50, enero-junio 1981, pp. 1-15.

COMENTARIO

Para Weber, la realidad social se nos presenta como una multiplicidad infinita, riquísima en sus más variados y diferentes aspectos. Cualquier componente de ella en el cual nos detengamos, además, se nos aparece polifacético, admite innumerables cortes o aristas que podrían suscitar el interés del científico social. La ciencia social conlleva entonces, en primer lugar, un proceso de selección, de recorte de los materiales que la realidad nos ofrece en bruto, y esta selección se lleva a cabo a partir de valores, desde el universo particular de la significación y del sentido, diríamos que de la *cultura*⁵ en términos característicos de esa tradición filosófica que va del historicismo de Dilthey (1833-1911) a los neokantianos de Baden (especialmente Wilhelm Windelband, 1848-1915, y Rickert).

Lo que conduce a esta selección es un proceso mediante el cual, de manera más conciente o menos conciente, ligera o profunda, la persona concreta de carne y hueso que porta una historia personal, es decir, una biografía social e históricamente situada (con todas sus diversas experiencias, traumas, alegrías y frustraciones), el investigador en su dimensión más

5 Si las ciencias sociales se conceptualizan como *ciencias de la cultura* es porque, a diferencia de las ciencias de la naturaleza que versan sobre realidades en las cuales el *sentido* y la *significación* no se encuentran presentes, en aquellas lo propio suyo es precisamente la *cultura*, entendida esta como el mundo del *sentido* y de la *significación*: “*Cultura* es una sección limitada de la infinitud desprovista del sentido del acaecer universal, a la cual los *seres humanos* otorgan sentido y significación [...] La premisa trascendental de toda *ciencia de la cultura* no consiste en que encontremos *plena de valor* una determinada *cultura*, o cualquier cultura en general, sino en que *somos* hombres de cultura, dotados de la capacidad y la voluntad de tomar conscientemente *posición* ante el mundo y de conferirle sentido”. Véase de Weber su importantísimo artículo para todo el tema que aborda el presente trabajo, titulado “*La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social*”, de 1904, que se encuentra incluido en *Ensayos sobre metodología sociológica*, libro citado en la nota 2, páginas 39-101. El texto aquí transcrito proviene de la página 70.

personal, en su subjetividad constituida socialmente, relaciona, vincula, los temas y objetos que le suscitan o provocan interés, con sus valores, con su universo valorativo. En otras palabras, son las *ideas de valor* que el científico porta consigo las que a fin de cuentas provocan o estimulan *su interés por ciertos aspectos de la realidad y por ciertas facetas de ellos, pero no por otros*⁶.

Es importante insistir, sin embargo, siguiendo a Weber, que la *relación con los valores* constituye el expediente normal al que apelamos para seleccionar nuestros temas (y los aspectos dentro de ellos que nos parecen particularmente “relevantes” o “significativos”, así como para identificar las eventuales relaciones causales que interesaría conocer)⁷ de indagación científica (lo tengamos plenamente claro

ante nuestra conciencia o no), pero que dicho relacionamiento constituye, por más importante que parezca y sea, *un supuesto del proceso de la lógica de la investigación científica* en su sentido más estricto (la construcción más minuciosa del objeto específico de investigación o *individuo histórico*, el procedimiento o método a seguirse para la indagación concreta y la lógica de la prueba de las imputaciones causales).

Corresponde agregar entonces que para Weber este proceder irreductiblemente subjetivo que es la *relación con los valores*, preámbulo del proceso de inquisición científica entendido más estrictamente, en modo alguno atenta contra la *objetividad* a la que aspira la ciencia social, ni, en consecuencia, a la obtención de verdades intersubjetivas o, si se prefiere, al logro de afirmaciones sobre la realidad cuya verdad o falsedad pueden ser establecidas de manera convincente y satisfactoria⁸. Si la selección de un objeto de investigación es algo subjetivo, el procedimiento para indagarlo y los controles a partir de la realidad estudiada para asegurar la fiabilidad de sus resultados constituyen la garantía de la objetividad —en últimas, de la intersubjetividad de los productos del trabajo científico—, así como también de la búsqueda de la verdad, no importa cuán provisional y desde luego que no absoluta sea esta⁹.

6 Sobre este punto afirma Weber: “Cualquier conocimiento conceptual de la realidad infinita por la mente humana finita descansa en el supuesto tácito de que solo una *parte* finita de esta realidad constituye el objeto de la investigación científica, parte que debe ser la única “esencial” en el sentido de que “merece ser conocida”. Pero, ¿siguiendo qué principios se seleccionará esa parte?”. A esta pregunta que se hace responde de la siguiente manera: “Únicamente una pequeña parte de la realidad individual considerada en cada caso está coloreada por nuestro interés condicionado por aquellas ideas de valor; ella sola tiene significación para nosotros, y la tiene porque exhibe relaciones para nosotros *importantes* a causa de su ligazón con ideas de valor. Solo en cuanto ello es así, esa parte será para nosotros digna de ser conocida en sus rasgos individuales. Ahora bien, *qué* es lo significativo para nosotros es algo que ninguna investigación “sin supuestos” de lo empíricamente dado puede discernir; antes al contrario, su determinación es prerequisite para que algo llegue a ser *objeto* de investigación”. Ambos textos provienen del artículo “La *objetividad* cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”, de 1904, que se encuentra incluido en *Ensayos sobre metodología sociológica*, libro arriba citado, correspondiendo el primero a la página 62 y el segundo a las 65-66.

7 Para alcanzar una idea más precisa de hasta dónde llegan los efectos de la *relación con los valores* en la metodología weberiana, puede consultarse el señalamiento de Julien Freund en su *libro La sociología de Max Weber* (Barcelona: Ediciones Península, 1967), páginas 52-53.

8 Señala Weber: “Sin duda, tales ideas de valor son “subjetivas”. Entre el interés “histórico” por una crónica familiar y el interés por el desarrollo de los más vastos fenómenos culturales concebibles, que eran y son comunes a una nación o a la humanidad durante largas épocas, hay una infinita escala de “significaciones”, cuya serie difiere en cada uno de nosotros. Como es natural, estas varían históricamente de acuerdo con el carácter de la cultura y de las ideas que guían a los hombres. Pero de esto no se sigue, evidentemente, que la *investigación* en las ciencias de la cultura solo pueda tener resultados “subjetivos”, en el sentido de *válidos* para una persona y no para otras”, en “La *objetividad* cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”, incluido en *Ensayos sobre metodología sociológica*, página 73.

9 “En la ciencia, por el contrario, todos sabemos que lo que hemos producido habrá quedado anticuado dentro de diez o de veinte o de cincuenta años. Ese es el destino y el *sentido* del trabajo científico y al que este, a diferencia de todos los demás elementos

Desde mi punto de vista, las orientaciones hoy en boga, en concreto la *perspectiva de género* —como ayer la *perspectiva de o desde la clase trabajadora*, que entre otras cosas expandió el ancho campo de los estudios sobre la clase obrera y el mundo del trabajo en el marco del capitalismo— no son otra cosa que procesos de recorte de la realidad (y de destaque de aspectos de ella) *relacionados con valores*, es decir, procesos de selección de temáticas (y de énfasis dentro de dichas temáticas, todo ello teóricamente orientado pero valorativamente seleccionado o enfatizado), que no vienen sino a enriquecer nuestro entendimiento de la complejidad e inagotabilidad de la realidad social (en el sentido weberiano). Probablemente la *herstory* no viene actualmente sino a complementar, a enriquecer, a visibilizar, y todas las veces que sea necesario a corregir, nuestro entendimiento de ciertos aspectos de la evolución de las sociedades que por mucho tiempo estuvieron fundados casi exclusivamente en la *history*.

CUARTA PROPOSICIÓN

La tercera dimensión del tema corresponde, en rigor, a la distinción general y básica entre las dos esferas heterogéneas ya indicadas en la primera proposición, *la esfera del análisis científico de los hechos sociales, de los procesos empíricos e históricos, y la segunda, la esfera de las valoraciones o de los juicios de valor*, distinción que luego puede ser aplicada a diversos campos de actividades, como lo hace Weber y lo constatamos más adelante en la quinta, sexta y séptima proposiciones.

de la cultura, que están sujetos a la misma ley, está sometido y entregado. Todo “logro” científico implica nuevas “cuestiones” y ha de ser superado y ha de envejecer. Todo el que quiera dedicarse a la ciencia tiene que contar con esto. En todo caso, hay que repetir que el ser superados necesariamente no es sólo el destino de todos nosotros, sino también la finalidad propia de nuestra tarea común. No podemos trabajar sin la esperanza de que otros han de llegar más allá que nosotros, en un progreso que, en principio, no tiene fin”. En “La ciencia como vocación”, en *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial, 1969, pp. 197-198).

Mi cuarta proposición, además, afirma lo siguiente: se puede discernir, con fines analíticos, tres variantes o subdimensiones de la tercera dimensión aludida de la relación entre ciencia social y valores en la obra de Max Weber, a saber:

- G La primera subdimensión o variante remite a la necesidad de *distinguir claramente la esfera del análisis científico de los hechos y la de los juicios de valor, a fin de no mezclarlas confusamente en el ámbito del proceso de investigación y de exposición de los resultados de este. Esta variante o subdimensión es fundamental en la medida en que nos conecta con el problema de la objetividad en las ciencias sociales.*
- G La segunda subdimensión remite a la cuestión de si en las universidades y en sus clases corresponde o no introducir valoraciones y referirse a ellas, hablar y discutir de juicios de valor, más aún de si conviene que los docentes expongan a sus alumnos sus particulares posicionamientos frente al decurso que sigue la vida política en su sociedad, y si es apropiado hacer valoraciones en las aulas sobre acontecimientos sociales o de otra índole, incluyendo las políticas públicas. La cuestión surge al tomarse en consideración que lo esencial del quehacer universitario es el trabajo científico (y la enseñanza de las profesiones que se derivan del conocimiento producido por la ciencia) y, consecuentemente, el discurso sobre los hechos y sobre la prueba de las causas de los acontecimientos y de los procesos históricos y sociales.
- G La tercera subdimensión nos conduce de lleno a un tipo particular de análisis crítico que la ciencia social puede aportar a las valoraciones que se hacen, a los ideales o a los juicios de valor que realizan, entre otros, los políticos, muy especialmente cuando estos se encuentran involucrados en procesos de “toma de decisiones” (para decirlo de una manera más próxima a nuestro tiempo). Weber calificaba a esto como “la crítica científica de los ideales y los juicios de valor” (1973, 42).

QUINTA PROPOSICIÓN

La primera subdimensión o variante de la tercera dimensión alude al planteamiento sobre la heterogeneidad de las dos esferas, la del análisis (objetivo) de los hechos y la de las valoraciones (subjetivas) acerca de estos, como una cuestión de capital importancia para el quehacer científico en las ciencias sociales, así como nos invoca *la exigencia de distinguirlos siempre y de evitar su mezcla confusa durante el proceso de investigación*, los que constituyen componentes centrales del enfoque epistemológico y metodológico de Max Weber. (Émile Durkheim, por cierto, entre los clásicos de la sociología, distinguiría alrededor de esos mismos años *entre juicios de valor y juicios de realidad* en su contribución al Congreso Internacional de Filosofía de Bolonia de 1911¹⁰).

COMENTARIO

Weber sostenía la heterogeneidad de ambas esferas, la de las valoraciones y la de los hechos, y la relevancia de distinguirlos permanentemente:

10 Le agradezco al Dr. Oscar Fernández el haberme hecho notar la existencia de un texto escasamente conocido de Durkheim, titulado “Jugements de valeur y jugements de réalité”, así como el haberme enviado su edición electrónica preparada por Jean-Marie Tremblay de l’Université du Québec en Chicoutimi. El artículo apareció originalmente en la *Revue de Métaphysique et de Morale* del 3 de julio de 1911. Los dos textos claves de Weber sobre el tema que me ocupa, aunque no sean los únicos, son “La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”, de 1904, al que ya me referí en la nota 5, y “El sentido de la “neutralidad valorativa” de las ciencias sociológicas y económicas”, de 1917, que se encuentra también en el ya citado *Ensayos sobre metodología sociológica*, páginas 222-269. Es decir, que el texto de Durkheim se encuentra justo a mitad de período entre uno y otro de Weber. Lamentablemente, sin embargo, los alcances que me he propuesto para el presente artículo me impiden intentar una comparación entre ambos eminentes sociólogos referida a este tema de tanta trascendencia, como también la que mucho me hubiera gustado realizar sobre las posiciones de Weber y de Marx. Quedarán para otro momento.

La capacidad de diferenciar entre conocer y juzgar, y el cumplimiento, tanto del deber científico de ver la verdad de los hechos, como del práctico de adherir a los propios ideales, he aquí aquello con lo cual queremos familiarizarnos cada vez más. Es y seguirá siendo —esto es lo que nos interesa—, en cualquier época, una diferencia insalvable el que una argumentación se dirija a nuestro sentimiento y a nuestra capacidad de entusiasmarlos por fines prácticos concretos o por formas y contenidos de cultura, o bien a nuestra conciencia, en caso de que esté en cuestión la validez de ciertas normas éticas; o bien el que se dirija a nuestro poder y necesidad de *ordenar conceptualmente* la realidad empírica de un modo que pretenda validez como verdad empírica [...] (Weber, 1973, 47).

Y en otra oportunidad, hacia el final de su vida:

[...] existen dos tipos de problemas perfectamente heterogéneos: de una parte la constatación de los hechos, la determinación de contenidos lógicos y matemáticos o de la estructura interna de fenómenos culturales; de la otra, la respuesta a la pregunta por el *valor* de la cultura y de sus contenidos concretos y, dentro de ella, de cuál debe ser el *comportamiento* del hombre en la comunidad cultural y en las asociaciones políticas (Weber, 1969a, 212-213).

Las valoraciones, los juicios de valor, se realizan con fundamento en última instancia en una concepción del mundo (*weltanschauung*) que cada quien, unos de modo muy reflexivo y plenamente lúcidos, otros de manera muy poco sopesada y con escasa conciencia, van bosquejando. Los valores que uno va adoptando durante la vida y para el vivir, y su particular jerarquía, dimanar de dicha concepción del mundo, de esa filosofía de la vida, que se constituye influida por innumerables experiencias y factores intervinientes en la biografía de cada persona (afectivos,

racionales, concientes, inconcientes). En todos los casos puede descubrirse, en muy diversos grados sin embargo, su resultado: una acción éticamente sustentada. Pero la concepción del mundo, la filosofía de la vida de cada quien y sus derivaciones para el universo del sentido y para su sentido del universo, es decir, para el ámbito de sus valores, no pueden deducirse de ninguna ciencia empírica:

Una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué *debe* hacer, sino únicamente qué *puede* hacer y, en ciertas circunstancias qué *quiere*. [...] enjuiciar la validez de tales valores es asunto de la *fe*, y, junto a ella, *quizá* tarea de una consideración e interpretación especulativas de la vida y del mundo con respecto a su sentido; con seguridad, *no* es objeto de una ciencia empírica [...] (Weber, 1973, 44).

Y más claramente aún:

El destino de una época de cultura que ha comido del árbol de la ciencia consiste en tener que saber que podemos hallar el *sentido* del acaecer del mundo, no a partir del resultado de una investigación por acabada que sea, sino siendo capaces de crearlo; que las “cosmovisiones” jamás pueden ser producto de un avance en el saber empírico, y que, por lo tanto, los ideales supremos que nos mueven con la misma fuerza se abren camino, en todas las épocas, solo en la lucha con otros ideales, los cuales son tan sagrados para otras personas como para nosotros los nuestros (Weber, 1973, 46).

En cambio, la segunda esfera, la de los hechos y su análisis objetivo, es abordada por la ciencia. En la investigación científica, una vez sobrepasada la fase de la *relación con los valores* mediante la cual se ha seleccionado el tema u objeto de indagación científica tal y como ya fue expuesto en la proposición tercera, no deben mezclarse ambas esferas porque si eso llegara a ocurrir se haría peligrar la objetividad del conocimiento. *El trabajo que comprende la lógica de la investigación científica*

puede y debe estar libre de valoraciones subjetivas sobre el objeto de la indagación al menos durante el proceso de ella, a fin de procurar aprehender con objetividad dicho objeto. Por lo demás, es el método y su construcción lo que convoca y a su vez posibilita y garantiza la eventual veracidad de los resultados obtenidos, que deberían poder ser controlables, a partir de los datos de la realidad empírica, por cualquier miembro de esa comunidad especializada que es la de los científicos:

En efecto es y seguirá siendo cierto que una demostración científica metódicamente correcta en el ámbito de las ciencias sociales, si pretende haber alcanzado su fin, tiene que ser reconocida también como correcta por un chino. Dicho con mayor precisión: debe aspirar en cualquier caso a tal meta, aun cuando esta, por deficiencia de los materiales, no sea alcanzable (Weber, 1973, 47).

Weber con esta frase pone énfasis en que sin importar los valores que cada quien tenga —incluso si portara aquellos de una cultura tan diferente a la occidental como la de la China y con ellos evaluara el tema de estudio—, la garantía de la objetividad y de la verdad se encuentra en el método y en la fiabilidad intersubjetiva y —podríamos decir— transcultural de sus conclusiones.

Por otra parte, es importante señalar que para la *sociología comprensiva* de Max Weber, cuya clásica definición reza así: “... una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esta manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos”. (Weber, 1969c, tomo I, 5), lo importante es aprehender el sentido que orienta la acción social, de manera de poder explicar el porqué del curso que sigue esta y sus consecuencias, y que con tal propósito la sociología apela a la *comprensión (verstehen)* entre otros recursos, este especialmente apreciado por Weber y que califica su planteamiento para el análisis sociológico. Sin embargo, es importante tener en claro que la *comprensión de sentido* como expediente de nuestra disciplina no garantiza *per se* la objetividad, ni la verdad, sino que constituye

apenas un procedimiento, no importa cuán útil y valioso se le considere con fines heurísticos, es decir, para imaginar hipótesis sobre el sentido que motivaría la acción social, las que luego han de controlarse empíricamente:

Toda interpretación persigue la evidencia. Pero ninguna interpretación de sentido, por evidente que sea, puede pretender, en méritos de ese carácter de evidencia, ser también la interpretación *causal* válida. En sí no es otra cosa que una *hipótesis* causal particularmente evidente [...] Como en toda hipótesis es indispensable el control de la interpretación comprensiva de sentidos por los resultados: la dirección que manifieste la realidad (Weber, 1969c, 9-10).

Es cierto, a su vez, que la ciencia constituye también ella misma una institución social guiada por valores, una práctica social en la que sus practicantes orientan su conducta por valores, en este caso particular principalmente por el *valor de la verdad* y su búsqueda. Este es el valor por excelencia de esta práctica y quedaría exento de las observaciones cautelares o admonitorias de Weber en cuanto a la exigencia de la neutralidad valorativa durante el proceso de indagación científica, puesto que de lo que se trata precisamente es de llegar a valorar (como verdaderas o falsas) las conclusiones a las que se arribe mediante el método de la ciencia social.

En todo caso, lo medular de su tesis es *que durante el desarrollo de la indagación científica, durante su proceso mismo*, lo que nunca hay que mezclar y permanentemente distinguir —y para ello, como buen hábito intelectual, mantenernos epistemológicamente alertas— son, por un lado, las proposiciones que enuncian la ocurrencia de eventos y procesos (y los describen o explican), con aquellas otras mediante las cuales, por otro lado, expresamos nuestras valoraciones sobre esos hechos y procesos (afirmaciones de la clase: “fue algo malo para la sociedad costarricense el fraude electoral ocurrido en las elecciones de 1948”; “es mejor el socialismo como sistema social que el capitalismo”). La tesis de Weber es que, en la búsqueda de la objetividad, para entender

cómo efectivamente ocurren las cosas en la sociedad, para *comprender el sentido de la acción social y comprobarlo* al margen de nuestros deseos, intenciones, preferencias o ideales, el investigador debe impedir que sus propias valoraciones sobre los objetos que investiga lo confundan y lo obnubilen *durante el proceso mismo de aprehensión del hecho social, proceso que se constituye con los recursos técnicos, lógicos y metodológicos establecidos y convenidos por la comunidad de los científicos*. Esto remite en últimas a cultivar una actitud mental, un comportamiento de cuidado, es decir, al desarrollo de un tipo de hábito intelectual que perfectamente podría entrar, *si lo vemos en un sentido amplio*, en la categoría de aquellos que cincuenta años después de Weber, Bourdieu, Chamboredon y Passeron —siguiendo a Bachelard— llamaron de “vigilancia epistemológica” (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1980).

¿Significa entonces que, según Weber, le está vedado al investigador social emitir juicios de valor o valoraciones, incluso sobre los temas que ha investigado con destreza y sobre los cuales ha logrado establecer o demostrar un conjunto de proposiciones explicativas del acontecer social y tras haberlo hecho convincentemente con los recursos técnicos y lógicos de su disciplina? Pensar esto constituye un malentendido. Tan pronto concluya su riguroso quehacer, el científico —la persona que se desempeña por unas horas de su vida diaria en el papel de científico y que actúa en el marco de dicha institución que es la ciencia— podrá distintivamente emitir sus propias valoraciones acerca de sí, a partir de su propia escala de valores emanada de su concepción del mundo o filosofía personal, los eventos y procesos que ha estudiado los considera buenos o malos, si deberían o no haber sucedido, o si habría que hacer tales cosas u otras para que la realidad se transformara y así “mejorara”. Lo que solicita con firmeza Weber es evitar la mezcla, la confusión, distinguir cuándo estamos hablando de hechos debidamente probados (al menos provisoriamente y mientras no se consignen nuevas evidencias en contrario) y cuándo estamos evaluando o haciendo valoraciones sobre la ocurrencia de dichos eventos y procesos. Por lo que clama Weber es por hábitos intelectuales,

los que debería desarrollar la formación científica y profesional, es decir, la dinámica de socialización académica, hábitos de distinguir permanentemente entre hechos científicamente probados (y registrados por el proceso de acumulación y diseminación de conocimientos a través de los medios usuales con que se cuenta para ello dentro de la institución social que es la ciencia) y nuestras apreciaciones, gustos y preferencias o desagrado por ellos.

Apreciémoslo con claridad:

La confusión continua entre elucidación científica de los hechos y razonamiento valorativo es una de las características más difundidas en nuestras disciplinas, pero también la más perjudicial. En contra de esta *confusión*, precisamente, se dirigen las anteriores consideraciones, y *no* por cierto en contra de la intromisión de los propios ideales. *Descaracterización* y “objetividad” científica nada tienen en común. (Weber, 1973, 49).

SEXTA PROPOSICIÓN

La segunda subdimensión remite a la cuestión de si en las universidades y en las clases universitarias corresponde o no hablar y discutir de juicios de valor, y hacer valoraciones sobre los eventos sociales y políticos del momento¹¹.

COMENTARIO

Si la actividad por excelencia de esa institución gestada en Europa occidental que es la

universidad no es otra que la producción del conocimiento científico —sin dejar de lado, naturalmente, la filosofía y el arte— y también la enseñanza de las profesiones con base en aquel, y si la ciencia de lo que trata es fundamentalmente de la esfera de los hechos (de su descripción, de su comprensión de sentido y explicación causal), entonces podría suponerse que Weber descalificaba *ad portas* toda posibilidad de discutir las valoraciones, los juicios de valor, en las aulas universitarias.

Pues bien, en este punto Weber sostenía que cualquier posición que se adoptara al respecto era ella misma una valoración, una cuestión de valores y que, como tal, no podía probarse apelando a la ciencia, sino a los valores de cada quien, por lo cual no admitía que hubiera una respuesta única y valedera para todos.

En cuanto a su particular apreciación sobre el asunto, que la hacía descansar en su concepción del mundo y desde ella en su concepto sobre la vida universitaria y los valores que en ella deben prevalecer, sostenía lo siguiente sin pretender imponer su opción a nadie más, pero sí posicionándose con toda claridad, como era su costumbre. Declaraba con vehemencia, en primer término, que el trabajo de los científicos en las aulas universitarias tenía que concentrarse en la enseñanza de la ciencia y de las profesiones, y que había que hacer esto con todo el rigor y los buenos hábitos intelectuales correspondientes a las mejores prácticas académicas y profesionales. Que este es el compromiso fundamental que la universidad como institución y sus profesores tienen con los estudiantes, quienes asisten a ella a aprender conocimientos (y a adquirir también dichos hábitos para producir ciencia con rigor o ejercer en las profesiones con solvencia) y no a que les inculquen cómo deben actuar en el mundo y en su vida, o cómo deben orientarse en el ámbito de la política a partir de lo que declaren docentes que tiendan a comportarse más como demagogos (en el sentido de hombres de plaza pública, de políticos) o como profetas (que asumen la cátedra como un púlpito), que como profesores universitarios. Pero sostenía que si en determinadas circunstancias se consideraba conveniente discutir sobre valoraciones y orientaciones de políticas públicas en el seno

11 La posición de Weber sobre este punto se encuentra dispersa y a veces reiterada en sus ensayos “La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social”, páginas 39-52; “El sentido de la “neutralidad valorativa” de las ciencias sociológicas y económicas”, especialmente las páginas 222-231; y, por supuesto, en uno de sus últimos escritos, en “La ciencia como vocación”, de 1919, particularmente en sus páginas 212-231, de las ediciones ya citadas de los tres trabajos.

de las aulas, entonces era necesario que ocurriese bajo las siguientes dos condiciones:

La primera, que el docente hiciera explícito ante sus estudiantes cuándo se está refiriendo a cuestiones de hecho debidamente documentadas bajo los parámetros del quehacer científico y cuándo lo que plantea son sus propias valoraciones sobre esos u otros hechos probados. Estas últimas, legítimamente sustentadas a partir de su particular cosmovisión y de la escala de valores que de ella pende, no por ello sus estudiantes tendrían que aceptarlas o compartirlas, como sí debería ocurrir con las afirmaciones sobre hechos, procesos o procedimientos metodológicos debidamente probados (a no ser que el estudiante expresara —con todo derecho— sus dudas empíricamente fundamentadas, o aportara evidencia factual o lógica que permitiera demostrar la falsedad de las proposiciones científicas que el profesor hubiera colocado en la discusión).

La segunda, que el docente, al tomarse la libertad de exponer sus valoraciones, le ofreciera a sus estudiantes la misma libertad: la de exponer en las aulas los juicios de valor que ellos, por su parte, tienen sobre esas realidades o temas en debate.

Weber argüía que ningún docente debe aprovecharse de la autoridad que le brinda su condición de profesor y del privilegio que significa poseer una cátedra para hacer pasar por verdades de hecho lo que son sus valoraciones, y menos aún para imponérselas, abierta o sutilmente, a sus alumnos:

Si alguien pregunta que por qué no se puede tratar en el aula los problemas de este segundo género hay que responderle que por la simple razón de que no está en las aulas el puesto del demagogo o del profeta. Para unos y otros ha sido dicho: “Id por las calles y plazas y hablad allí públicamente”. Es decir, ve allí en donde se te puede hacer críticas. En el aula es el profesor el que habla en tanto que los oyentes han de callar; para hacer su carrera, los estudiantes están obligados a asistir a las clases del profesor y en ellas no se le permite a nadie hacerle críticas. Me parece de una absoluta falta de

responsabilidad que el profesor aproveche estas circunstancias para marcar a los estudiantes con sus propias opiniones políticas, en lugar de limitarse a cumplir con su misión específica, que es la de serles útil con sus conocimientos y con su experiencia científica (Weber, 1969a, 213).

Rechazaba ardientemente lo que denominaba “las profecías de cátedra” (Weber, 1969a, 230) y de manera igualmente vehemente le gustaba decir “que dentro de las aulas no existe ninguna virtud fuera de la simple probidad intelectual” (Weber, 1969a, 230).

Afirmó lo siguiente:

A todo lo que acabamos de decir una parte de nuestra juventud contestaría diciendo: “Sí, pero, de todas formas, nosotros asistimos a clase para algo más que para escuchar análisis y verificaciones de hechos”. El error en que esta actitud incurre es el de buscar en el profesor algo que este no puede dar. Buscan en él un *caudillo* y no un *maestro*, pero sólo como maestros se nos concede la cátedra (Weber, 1969a, 218).

¿Significa entonces que Weber, el sociólogo, se rehusaba a sostener posiciones políticas y que solicitaba a los científicos y a los expertos que no participaran en la vida política de sus sociedades, teniendo quizás como ideal valorativo mantener por esta vía la pureza, la asepsia definitiva de los seres humanos oficiantes de la ciencia? En modo alguno. Weber tuvo diversas participaciones de naturaleza política en la Alemania de su época —la de la unificación en un Estado nacional germano, la del ascenso de la burguesía y la de la última fase del imperio, así como también la de la Primera Guerra Mundial, la de la derrota alemana de 1918 y del Tratado de Versalles que la acompañó y que tanto humilló al sentido de dignidad nacional de ese pueblo, y la de los durísimos días de los dos años de la posguerra, pues Weber falleció en 1920— y sus dos tomos de escritos políticos, testimonio de sus preocupaciones y participaciones, hace ya

cerca de dos décadas que se tradujeron al castellano y se publicaron¹². Lo que solicitaba Weber era que no se confundieran ni los discursos ni los espacios. El académico que desee intervenir en la política, que lo haga, pero que desempeñe tal práctica cuando se encuentre fuera de las aulas, en el espacio público apropiado para ello. Pero que si es un científico, se comporte como tal durante su estancia en el ámbito universitario. Obviamente, cada quien, en cada día de su vida, puede comportarse como científico y como político o participante en la política, pero a condición, en la perspectiva weberiana, de no mezclar confusamente esos papeles.

SÉTIMA PROPOSICIÓN

La tercera subdimensión nos introduce de lleno en un tipo particular de análisis que Weber calificó como “la crítica científica de los ideales y los juicios de valor” (1973, 42). De lo que se trata es de cómo los científicos pueden, con base en su saber, aportar *claridad* a los políticos u otros practicantes quienes apuestan por ideales y realizan valoraciones con miras a actuar y modificar la realidad, pero sin los primeros tener que trascender, en tanto que científicos o expertos que desean preservar el rigor de su ciencia y su misma independencia, los límites epistemológicos de su actividad.

COMENTARIO

En su conferencia y ensayo “La ciencia como vocación” —que forma parte del libro *El político y el científico*—, Weber postuló que una de las contribuciones importantes de la ciencia social era aportar *claridad* frente a las opciones que se plantean en el ámbito de la acción, sea esta política o de otra índole. Y subrayó que al hacerlo se favorecía asimismo el *sentido de responsabilidad* de quienes se encuentran en la obligación, en una situación dada, de tomar decisiones (Weber, 1969a, 221-224).

Si bien de ninguna ciencia, de ningún saber fundado en hechos es posible deducir lo que se *debe hacer*, o lo que se debe recomendar hacer; si bien la escogencia de un curso de acción frente a otras alternativas posibles es una cuestión de valores, de lucha de valores y de preferencia por algunos de ellos que inducen o subyacen a la alternativa por la que se opta, el análisis crítico de los ideales y de los juicios de valor a partir del conocimiento científico acumulado y con los recursos de la lógica, resulta de indudable utilidad para el esclarecimiento de todo lo que se encuentre en juego en un proceso de toma de decisiones. Veamos de qué se trata y recurramos para ello en este punto a un ejemplo que quizás facilite entender el planteamiento weberiano.

Si pensáramos en las políticas económicas y sociales —por cierto las que muy especialmente interesaban a Weber— que se pusieron en práctica en numerosos países de la América Latina inmediatamente después de la profunda crisis económica de finales de los años setenta e inicios de los ochenta del siglo XX en toda la región, con las cuales se canceló por completo el patrón de desarrollo de la Posguerra (1950-1980) y con las que se sentaron los cimientos para iniciar las varias “generaciones” que llevamos hasta la fecha de las denominadas “reformas estructurales” de inspiración neoclásica y antikeynesiana; si nos imagináramos que a la altura de finales de los ochenta ya existía un cierto bagaje de experiencias y de conocimientos acumulados, tanto en economía como en sociología, en esta materia de las estabilizaciones macroeconómicas y del inicio de las reformas; y si, para redondear los términos de nuestro ejemplo hipotético, pensáramos que a inicios de los años noventa en algún país latinoamericano, por ejemplo en Nicaragua tras la derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1990, se estaba ante la situación por parte de los nuevos gobernantes electos de querer reorientar las políticas económicas y sociales en ese país, la cuestión weberiana que surgiría es la siguiente: ¿qué se quiere decir, en este contexto, cuando se plantea “la crítica científica de los ideales y los juicios de valor”?

Se quiere decir que el grupo de los tomadores de decisión localizados en los ministerios

12 Max Weber, *Escritos políticos*, I y II (México: Folios Ediciones, SA, 1982).

correspondientes (eventualmente como “consejo económico y social”), lo supieran o no, lo hicieran con plena conciencia o no, con *claridad* o sin ella, o incluso si lo soslayaran adhiriendo a recetarios de política económica importados, habrían debido de enfrentarse con la cuestión de los *finés* que buscarían mediante esa gestión suya que procuraría la reorientación de la economía del país; con la de los *medios* de que deberían valerse para conseguir dichos fines; con la de las *consecuencias* (que pueden dividirse en *previsibles*, bien que algunas sean deseadas y otras indeseadas, y las *imprevisibles*, algunas de las cuales pueden explorarse imaginativamente) que acompañarían o se derivarían de los *medios utilizados*; y habrían debido de haber evaluado todo ello en su conjunto para identificar sus implicaciones en términos de eventuales roces o contradicciones con los valores acordados y acariciados en el “consejo económico y social”, los cuales podrían surgir de la posible puesta en práctica de las medidas de política económica. Pues bien, la ciencia puede ayudar mucho en esta labor de análisis crítico y de *esclarecimiento*, aunque *nunca podrá decir*, al final de este trabajo analítico, *lo que se debe hacer*. Esto último —o, dicho con mayor precisión— lo que se hará, constituye una opción valorativa que sólo el político o el grupo de tomadores de decisión correspondiente puede adoptar (o el científico cuando se convierte en político y actúa como tal, como fuera el caso, en la América Latina de nuestros días, del ex presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso, uno de los sociólogos más reputados del Continente en su momento). Pero la escogencia efectuada por el político o por dicho grupo no derivaría de la ciencia, del saber empírico, sino de su particular cosmovisión, y de los valores y de su jerarquía que desde ella dimanar y con los que ellos se comprometen, ojalá que ayudándose con el aporte de los científicos o expertos para obtener esa mayor *claridad* acerca de lo mucho que se encuentra en juego y para contribuir así al desarrollo de la *responsabilidad*.

El punto o más bien los puntos que son entonces objeto de “la crítica científica de los ideales y los juicios de valor”, son los siguientes:

Volviendo a nuestro caso específico, pareceme, sin posibilidad de duda, que en el ámbito de las valoraciones práctico-políticas (en especial también de las de política económica y social), en cuanto deban extraerse de ellas directivas para una acción plena de sentido, lo único que una disciplina *empírica*, con sus recursos, puede mostrar son: 1) los medios indispensables; 2) las repercusiones inevitables, y 3) la concurrencia recíproca, de este modo condicionada, de múltiples valoraciones *posibles*, en cuanto a sus consecuencias prácticas (Weber, 1973, 239).

Siguiendo con nuestro ejemplo, podríamos imaginarnos un diálogo con estas características:

El político en jefe del “consejo económico y social” —o la presidenta de Nicaragua por aquellos días, doña Violeta Barrios viuda de Pedro Joaquín Chamorro— declara ante sí en primer lugar y lo comparte con los científicos o expertos en economía y sociología a quienes ha contratado como asesores, al igual que con sus allegados políticos y ministros, que sus valores superiores o *finés últimos* para Nicaragua, en esa fase o momento de su historia, a partir de su concepción del mundo y de su filosofía de la vida (que incluye sus valores políticos), son los siguientes: —Una sociedad con menos pobres y desigualdad decreciente, con amplias libertades (políticas y de libre empresa) y en donde no exista motivo para la violencia política. Y a partir de estos valores, y tras la década regida por el FSLN y la situación de crisis económica y de inflación extrema dejada por esta comunidad política en 1990 —en lo que no poco contribuyera el acecho y la hostilidad de la Contra con pleno respaldo de la agresiva política antisandinista de la administración norteamericana de Ronald Reagan—, se propone, como *fin* para su periodo presidencial, realizar una estabilización macroeconómica muy rápida y profunda, que permita crear condiciones para un elevado crecimiento posterior de la economía, en consecuencia también del empleo, del ingreso, del consumo per cápita y una mejora general en el nivel de vida de los nicaragüenses.

La respuesta que obtiene de sus asesores científicos sería la siguiente: —Bien, señora presidenta, una vez declarado por usted *sus fines últimos y sus objetivos de gobierno*, a partir de nuestro conocimiento empírico actualizado sobre los procesos habidos en América Latina en la última década, hemos de decirle que los *medios* a emplearse podrían ser los siguientes: hacer una reconversión monetaria sostenible para atacar la inflación y para ello solicitar apoyo financiero internacional de modo de apuntalar la nueva moneda y el nuevo tipo de cambio; fomentar las exportaciones; pero, sobre todo, reducir apreciablemente los pronunciados desequilibrios financieros que se ostentan en el sector público y, para ello, disminuir la planilla estatal de manera significativa y pronta; también deberán incrementarse tenuemente los salarios nominales para balancear un poco el impacto de la reorganización monetaria sobre los ingresos reales de la población; y, sobre todo —por fin interviene una socióloga, a la que parecía que no le daban espacio los economistas—, negociar lo que sea necesario con los sandinistas en la oposición para que controlen a su gente y no se desborde el malestar social. Sin embargo —continúa la socióloga ya un poco empoderada de cara a la situación que va cobrando la sesión de trabajo— he de comunicarle, señora presidenta, que a tenor del conocimiento empírico, científico, que se ha venido acumulando en América Latina, se ha observado de modo reiterado que en situaciones como esta se presentarían una serie de *resultados secundarios o de repercusiones inevitables*, que podrían ser las siguientes: a las estabilizaciones macroeconómicas rápidas y profundas, le sigue una tendencia a que la pobreza se incremente y resulte más duradera de lo imaginado, lo cual, para empezar, colisiona con los valores últimos declarados por usted al inicio de nuestra reunión, y sobre lo cual simplemente me permito llamarle la atención para que se ayude a reflexionar y al final a adoptar la decisión que usted elija bajo su entera responsabilidad; le sigue también a este tipo de estabilizaciones macroeconómicas un malestar social agudo, mucho más si se adopta la determinación de reducir grandemente la planilla estatal como aquí se ha sugerido en tanto que

medio para el *fin* económico que procuraría su administración, lo que suele traducirse en intensa conflictividad y en protestas sociales masivas. Esto habrá usted de tomarlo en consideración en tanto que *consecuencias secundarias y eventualmente indeseadas* del planteo estratégico que aquí se discute, y ello en beneficio de la *claridad* a la que usted le convendría aspirar, ayudándose del conocimiento científico que tenemos para cualquier toma de decisiones sobre políticas prácticas económicas y sociales. Puedo agregar —continúa nuestra socióloga— que un *medio* que se ha registrado en la literatura especializada sobre estos temas y que ayudaría a mitigar el deterioro social y el concomitante malestar, son los denominados por la literatura “programas de compensación social”. Esto puede usted tomarlo en cuenta, aunque, claro está, podría también escoger el fortalecer y preparar mejor a los aparatos represivos del Estado para intentar aplacar o en todo caso intimidar a los que pretendan protestar, pero, según percibo, esta última opción reñiría con sus valores y *fines últimos* declarados por usted como los deseables para nuestra sociedad. Aunque, en fin, corresponde a usted la última palabra...

La socióloga, que ha dejado atrás a los economistas en el liderazgo sobre la discusión especializada y que aprovecha su previa iniciativa con un nuevo envión argumentativo, continúa dando muestras de un amplio dominio sobre el tema: —Señora presidenta, aquí se ha planteado la cuestión de la necesidad de una estabilización macroeconómica rápida y profunda, y las consecuencias que de ello supuestamente se derivarían en el ámbito económico, como el *fin* primordial de su gestión para avanzar a su vez hacia la concreción de aquellos *fines últimos o valores políticos* por usted declarados inicialmente. Como experta en el tema, sí quisiera recalcar que no debiera usted quedar atrapada por una única alternativa. En efecto, existe al menos una segunda importante a considerar. Se han observado en América Latina también las estabilizaciones y los ajustes macroeconómicos graduales. Tenemos literatura sólida a este respecto. Costa Rica, a la par de nosotros, es un caso de esta clase. Si usted quisiera considerarla como un *fin* de su gestión, entonces tendría que tomar en cuenta

los siguientes *medios* acreditados en el conocimiento que hasta hoy hemos venido acumulando sociólogos y economistas para proceder en dicha dirección. Podría eventualmente abundar sobre el asunto y, según me parece, tanto los *medios* a emplearse bajo esta opción como las *consecuencias secundarias y eventualmente indeseadas*, podrían gozar de mayor coherencia con los *finés* últimos, con los valores políticos más acariciados por usted para el desarrollo de la sociedad nicaragüense.

Los interesantes intercambios continuaron por dos días enteros, en eso que los políticos denominan con cierto aire de superioridad y para darse una gran importancia, “las encerronas”, al cabo de los cuales, en la cena celebrada al concluir el segundo día, parecía prevalecer un ambiente equívoco en materia de ánimo y de energías: por un lado, todos coincidían en que, con el aporte de los científicos sociales y expertos allí convocados, se había ganado en *claridad*; pero, por otro, se sentía, ahora sí, el peso de la obligación de tomar decisiones por la Presidenta y su equipo de asesores directamente políticos, y la enorme *responsabilidad* que ello conllevaba, lo que introducía una sensación de gravedad en el clima del momento. Hasta aquí el ejemplo.

Si la ciencia social puede contribuir a la *claridad* en la toma de decisiones, *no puede indicar*, sin embargo, lo que *se debe hacer*. Esto, en última instancia, parte de cosmovisiones y de filosofías de la vida, a partir de las cuales es que se constituyen los valores políticos, los que se convierten en los basamentos intelectuales y afectivos inspiradores y orientadores con los cuales escoger entre alternativas en pugna. Esta era la tesis de Weber.

A partir del riguroso *ethos* que configuraba su carácter, Max Weber demandaba que no se le pidiera a la ciencia social más de lo que ella puede ofrecer. Pero de igual modo centraba su postura en la convicción antropológico-filosófica de que los seres humanos, por su condición de tales, se encuentran confrontados día a día con el imperativo ético de tener que escoger entre cursos de acción alternativos y de asumir la responsabilidad por las consecuencias que se deriven de aquellos por los cuales opten. Esta es su condena.

Al concluir este artículo, ratifico el punto de vista de que para criticar a un autor y sus planteamientos teóricos hay que abandonar el ancho y cómodo mundo de los prejuicios —quiero decir: el de los juicios valorativos previos al acercamiento a él— y conocer sus tesis con precisión y claridad. Ojalá que el propósito que me ha inducido a escribirlo, el de estimular o facilitar un entendimiento más exacto del complejo abordaje de Weber sobre un tema que no ha perdido su vigencia en las ciencias sociales, haya cumplido su cometido. Y que cada quien entonces, de manera “razonable y razonada”, procure posicionarse con mayor *claridad* en torno suyo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bendix, Reinhard. 1970. *Max Weber*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude. 1980. *El oficio del sociólogo*. México: Siglo XXI editores.
- Freund, Julián. 1967. *Sociología de Max Weber*. Barcelona: Ediciones Península.
- Rovira Mas, Jorge. 2000. “Los orígenes de la sociología como una ciencia social en Costa Rica y la contribución de Eugenio Fonseca Tortós”, en Jorge Rovira Mas, José L. Vega Carballo y Fernando Bolaños Baldioceda (Editores), *Eugenio Fonseca Tortós. Selección de su obra sociológica*, tomo 3. San José: EUNED-EUCR, 2000, pp. 821-908.
- . 1981. “Racionalidad y religión en la obra de Max Weber”, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, San José (Costa Rica), Vol. 19, nros. 49-50, enero-junio 1981, pp. 1-15.
- Rovira Mas, Jorge, Vega Carballo, José Luis y Bolaños Baldioceda, Fernando (Editores). 2000. *Eugenio Fonseca Tortós. Selección de su obra sociológica*, tomo 2. San José: EUNED-EUCR.

Weber, Max. 1982. *Escritos políticos*, tomos I y II. México: Folios Ediciones, SA.

———. 1973. *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

———. 1969a. *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.

———. 1969b. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Ediciones Península.

1969c. *Economía y sociedad*, tomos I y II. México: Fondo de Cultura Económica.

Jorge Rovira Mas
jrovira@racsa.co.cr